

La situación demográfica de México*

Rodolfo Tuirán

Consejo Nacional de Población

México experimenta, en el umbral del nuevo milenio, un proceso de cambio que implica transiciones múltiples en los planos económico, social, político, urbano, demográfico y epidemiológico. En el ámbito económico tiene lugar un intenso proceso de reestructuración dirigido a consolidar la orientación exportadora del modelo de desarrollo. En el plano político se advierte un proceso de renovación del Pacto Federal y de los sistemas electoral y de partidos, al tiempo que ocurren profundas reformas institucionales. En la esfera social es cada vez más notoria y amplia la participación ciudadana, lo cual se refleja en el robustecimiento de formas y opciones diversas de organización que ponen en claro la creciente complejidad de una sociedad con mayor capacidad para formular y sostener sus demandas. En el ámbito urbano ocurre una profunda metamorfosis, que ha implicado el paso de una sociedad eminentemente rural hacia una en la cual es predominante la población que reside en las ciudades. Finalmente, en el plano demográfico y epidemiológico, la población atraviesa por una fase de plena y acelerada transición, que se manifiesta en la notable desaceleración del ritmo de crecimiento de la población, al tiempo que se producen considerables transformaciones en sus perfiles de salud-enfermedad-muerte. El futuro de México dependerá, en buena medida, de la trayectoria seguida por estas transiciones cruciales. Todas ellas tienen profundas consecuencias y ramificaciones e influyen y son influidas por la dinámica cultural y la conformación de valores y premisas axiológicas fundamentales de los mexicanos.

La demografía del país es una de las dimensiones que le confieren una identidad irremplazable a la nación. En la actualidad, la población mexicana asciende a cerca de 96.3 millones de habitantes. Se estima que, durante el año, ocurran alrededor de 2.2 millones de nacimientos y cerca de 427 mil defunciones;

* Conferencia dictada en el marco del 5° Aniversario del CIEAP, Toluca, Estado de México, 22 de julio de 1998.

ello implica un incremento absoluto anual de poco más de 1.8 millones de mexicanos y una tasa de crecimiento natural (la diferencia entre la tasa de natalidad y la de mortalidad) de 1.88 por ciento anual. El saldo neto migratorio que México mantiene con el exterior es negativo (-0.31 por ciento) y asciende aproximadamente a 300 mil personas por año.¹ Si se descuenta este efectivo del aumento natural de la población, el crecimiento neto en números absolutos asciende a cerca de 1.5 millones de personas, en tanto que la tasa de crecimiento total es de 1.57 por ciento (gráfica 1).

La disminución de la mortalidad

La disminución de la mortalidad ha venido ocurriendo de manera sostenida desde hace casi siete décadas. La esperanza de vida asciende actualmente a 73.8 años, lo que significa más del doble de los 36.5 años que en promedio vivía una persona en 1930. Se estima que tan sólo entre diciembre de 1994 y junio de 1998 se agregó 1.2 años a la esperanza de vida al nacimiento de los mexicanos. En la gráfica 2 se advertirá que este indicador presenta importantes diferencias por sexo. Las mujeres hoy en día viven en promedio 77 años y los hombres alrededor de 70.7 años, cuando en 1930 alcanzaban 38 y 35 años, respectivamente.

Uno de los componentes más importantes del aumento de la sobrevivencia se debe a la disminución de la mortalidad infantil. Mientras que alrededor de 180 de cada mil recién nacidos en 1930 fallecía antes de cumplir su primer aniversario, en 1998 el nivel de este indicador es de poco menos de 26 defunciones por cada mil nacidos vivos (gráfica 3). Cabe hacer notar que entre diciembre de 1994 y junio de 1998 se ha logrado reducir la mortalidad infantil en cerca de 4.5 puntos (es decir, de 30.2 a 25.7), lo que representa alrededor de 18 mil muertes infantiles evitadas.²

¹ La migración internacional no desempeñó un papel determinante en la dinámica demográfica del país en las primeras seis décadas de este siglo. Por un lado, las corrientes de inmigración no fueron muy significativas; por el otro, la emigración de mexicanos hacia el exterior tampoco alcanzó cuantiosos volúmenes. Sin embargo, durante las últimas tres décadas se ha registrado un notable incremento de la emigración hacia el vecino país del norte, fenómeno que a su vez no ha estado acompañado de un aumento significativo de la inmigración a México, lo que se refleja en un cuantioso saldo migratorio negativo con el exterior. Como consecuencia del acelerado crecimiento de la migración mexicana al vecino país del norte, se calcula, de acuerdo a los resultados del Estudio Binacional México-Estados Unidos sobre Migración, que la población nacida en México residente en el vecino país ascendió en marzo de 1996 a una cifra de entre 7.0 y 7.3 millones de personas.

² Esta cifra resulta de la diferencia entre el número estimado de defunciones de menores de un año por mil nacidos vivos con las tasas de mortalidad infantil y fecundidad actuales y las que ocurrirían de haber permanecido constantes las tasas observadas en 1994.

La reducción de la fecundidad

La disminución de la fecundidad es el principal determinante de la reducción del crecimiento de la población y de los cambios recientes en su composición por edad. Se estima que la fecundidad alcanzó su nivel máximo histórico a mediados de los años sesenta, cuando registró un nivel de poco más de 7.0 hijos promedio por mujer. En los siguientes siete lustros, los logros sociales alcanzados, en particular en materia de salud y educación, y la definición e instrumentación de una política de población responsable y realista, contribuyeron a impulsar la caída de la fecundidad. Desde entonces, ésta disminuyó a 6 hijos en 1974, a 5 hijos en 1979, a poco menos de 4 hijos en 1985 y a 3 hijos en 1993. Se estima que actualmente la fecundidad es de 2.55 hijos por mujer, cuando al inicio de la presente administración ascendía a 2.9 hijos (gráfica 4). De haberse mantenido constantes los niveles de fecundidad de 1994 a la fecha, tan sólo en el presente año se producirían alrededor de 270 mil nacimientos adicionales a los 2.2 millones que se estima ocurran durante el presente año.

La difusión de la planificación familiar ha jugado un papel crucial para propiciar la caída de la fecundidad. Cerca de 65 por ciento de las mujeres unidas en edad fértil recurría en diciembre de 1994 a la práctica anticonceptiva para espaciar o limitar su descendencia, mientras que en la actualidad se calcula que la cifra asciende a 68.7 por ciento, lo que equivale a un incremento de 9.3 a 10.9 millones de usuarias activas de métodos anticonceptivos en el periodo indicado (gráfica 5). La gran mayoría de ellas (alrededor de 7 de cada 10) los obtiene de las clínicas y centros de salud del sector público, lo que revela el enorme esfuerzo desplegado por las instituciones públicas del sector salud para brindar servicios de planificación familiar a quienes lo deseen y necesiten.

De mantenerse las tendencias recientes en el número de nuevas y nuevos aceptantes de métodos anticonceptivos, será factible cumplir con la meta nacional establecida por el *Programa Nacional de Población 1995-2000*, que plantea que para alcanzar la cifra de 2.4 hijos por mujer en el año 2000 será necesario incrementar la prevalencia de anticonceptivos a 70.2 por ciento de las mujeres unidas en edad fértil. Para lograrlo, deben vencerse profundas inercias asociadas con las desigualdades sociales y de género. Asimismo, se requiere revisar sistemáticamente las prioridades y estrategias de los programas de planificación familiar, consolidando los mecanismos y acciones que privilegien el punto de vista de los usuarios y la demanda calificada de los servicios, que estimulen mucho más la participación de los varones en la planificación familiar

y que respondan a las demandas y necesidades insatisfechas de los diferentes segmentos de la población.

La práctica de la planificación familiar, que expresa el ejercicio de un derecho humano, ha contribuido a propiciar una actitud responsable frente a la sexualidad y la reproducción; mejorar la salud materna e infantil; y fomentar entre la población una cultura de la salud. Como se sabe, los alumbramientos demasiado precoces, demasiado próximos entre sí, demasiado numerosos o demasiado tardíos son un importante factor de riesgo para la salud materna e infantil. Al transformar los patrones reproductivos, la práctica de la planificación familiar contribuye a salvar vidas y a proteger la salud de millones de mujeres y niños.

Ello pone de manifiesto las ventajas que se derivan de la extensión y difusión de esta práctica y hace evidentes los beneficios que tiene la planificación familiar en la vida de las personas y las familias.³ Para reforzar este argumento, conviene señalar que en 1970 más de 55 por ciento de las mujeres tenía al final de su vida reproductiva 6 hijos o más, y dedicaba a la crianza de niños y niñas, en promedio, alrededor de 25 años entre el nacimiento de su primer hijo y el momento en que el último cumplía 6 años de edad. En contraste, alrededor de 45 por ciento de las mujeres tiene actualmente dos hijos o menos al final de su vida reproductiva y dedica a su crianza cerca de 10.5 años. Como podrá imaginarse, ello tiene una enorme repercusión en la trayectoria de vida tanto de los hijos como de los padres y en las relaciones familiares.

Estas cifras resumen algunos de los logros del país en materia demográfica. Aluden al esfuerzo conjunto de sociedad y gobierno, pero sobre todo expresan la participación libre y responsable de los propios mexicanos, hombres y mujeres, quienes, a través de sus decisiones, prácticas y comportamientos individuales y familiares, han llevado a cabo desde los años setenta una verdadera y silenciosa *revolución demográfica*. Las cifras enunciadas revelan también los enormes desafíos demográficos de nuestro tiempo, los cuales están estrechamente vinculados tanto a las insuficiencias y desigualdades de nuestro desarrollo como a los efectos del alto crecimiento demográfico del pasado.

³ La planificación familiar cambia la vida de las personas, ya que las pone en condiciones de enfrentar mejores prospectos de progreso individual y familiar, tanto para los padres como para los propios hijos. Esta visión la comparten los mexicanos cuando se les pregunta acerca de la planificación familiar. En una encuesta del CONAPO, en la que se indaga acerca del significado y las ventajas que para las personas tiene la planificación familiar, los mexicanos suelen destacar los aspectos que se asocian con "mejorar el bienestar de la familia", con tener menos hijos para poder "darles más" y "atenderlos mejor".

Transición demográfica y desigualdad social

La transición demográfica, que es el proceso mediante el cual se produce el paso de niveles altos y sin control a niveles bajos y controlados de fecundidad y mortalidad, no ha ocurrido de manera simultánea y con el mismo dinamismo entre las distintas regiones, entidades, clases sociales y grupos étnicos del país. Los sectores sociales privilegiados fueron los pioneros del cambio demográfico y ellos se encuentran actualmente en una fase avanzada de la transición: exhiben niveles relativamente bajos de mortalidad, presentan una edad más tardía tanto al momento de contraer matrimonio como al de dar a luz al primer hijo, y han incorporado la práctica de la anticoncepción con fines de espaciamiento y limitación de sus nacimientos. Asimismo, la etapa de expansión familiar -que se inicia con el nacimiento del primer hijo y termina con el nacimiento del último- suele ser de corta duración en las parejas pertenecientes a estos grupos. Este mismo patrón demográfico se ha extendido gradualmente hacia los estratos medios de la población.

En contraste, la pobreza y la marginación suelen ir acompañadas de una mortalidad relativamente temprana y una elevada morbilidad, altas tasas de fecundidad, una edad temprana al momento de contraer matrimonio y de tener el primer hijo, así como de la débil difusión de las prácticas de limitación y espaciamiento de los nacimientos. Todos estos rasgos propician la transmisión intergeneracional de la pobreza y hacen más difícil hacer frente a este problema social con la urgencia y premura que reclama. Para romper esta circularidad perversa es imprescindible focalizar social y regionalmente las prioridades de la política de población; fortalecer su orientación integral y su carácter multisectorial; ampliar los mecanismos de coordinación existentes con la política social y con los programas de atención a la pobreza; reforzar las actividades dirigidas a extender y arraigar una más sólida cultura demográfica; y avanzar firme y decididamente en la descentralización de los programas de población.

Para ilustrar algunas de estas diferencias, conviene señalar que la esperanza de vida de la población que reside en Chiapas y Oaxaca es de alrededor de 72 años, en contraste con la que se observa en Baja California, Distrito Federal y Nuevo León, que es de alrededor de 75 años, lo que equivale a una diferencia de 3 años. Asimismo, la mortalidad infantil en las entidades de muy alta marginación es 2.5 veces mayor que la observada en las entidades de mayor desarrollo relativo (gráfica 6). En este grupo, por cada 1 000 nacidos vivos ocurren 48 muertes infantiles, mientras que entre las madres con instrucción secundaria o superior

esta proporción disminuye a 20 por mil (gráfica 7). Gran parte de las muertes infantiles registradas en las entidades con mayor grado de marginación o en los grupos socioeconómicos más desfavorecidos puede ser evitada, pues resulta de enfermedades infecciosas y parasitarias que son susceptibles de tratarse fácilmente mediante intervenciones adecuadas de salud y nutrición.

En la fecundidad persisten también marcadas diferencias por grupos y regiones del país. Entre las mujeres sin escolaridad, la fecundidad es de 4.1 hijos, mientras que entre aquéllas que cursaron al menos un año de la enseñanza secundaria es de 2.4 hijos (gráfica 8). Por tamaño de localidad y por entidad federativa ocurren también importantes diferencias de fecundidad. En las localidades de menos de 2 500 habitantes, la fecundidad promedio (3.8 hijos por mujer) es 1.2 hijos mayor que la de quienes residen en áreas urbanas (2.6 hijos) (gráfica 9). Asimismo, la fecundidad en Baja California, el Distrito Federal y Nuevo León es de alrededor de 2.3 hijos, mientras que en Chiapas se sitúa en alrededor de 4.0 hijos por mujer; es decir, una diferencia de 1.7 hijos en promedio, que equivale a lo que ha tomado la declinación de la fecundidad nacional durante los últimos 15 años (gráfica 10).

La inercia demográfica

La desaceleración del crecimiento demográfico no ha impedido, ni impedirá en el corto y mediano plazos, que la población siga aumentando rápidamente en números absolutos. Este hecho resulta en gran medida del impulso al crecimiento que está oculto en la propia estructura por edades. Una población joven como la mexicana (con una edad media de alrededor de 26 años) tiene un impresionante potencial reproductivo, aun en un contexto de declinación de la fecundidad. Para ilustrar este hecho conviene recordar que la fecundidad actual es 3.75 hijos menor a la observada en 1970 (es decir, disminuyó de 6.3 a 2.55 hijos), cifra que equivale a 1.47 veces el nivel actual. En contraste, la cantidad de mujeres en edad reproductiva (de 15 a 49 años) se incrementó en 15.4 millones (es decir, pasó de 10.6 a 26.0 millones), que es 1.45 veces el número observado en 1970. De esta manera, un mayor número de mujeres dio a luz a un número cada vez menor de hijos, aunque ambas tendencias provocaron que el número de nacimientos se mantuviera prácticamente constante durante los últimos 28 años (de 2.179 millones en 1970 a 2.234 millones en 1998). A este impulso al crecimiento que está "interconstruido" en la estructura por edades se le conoce como *inercia demográfica*.

No obstante lo anterior, conviene poner en claro que de no haberse frenado el ritmo de crecimiento, la población de entre cero y 27 años de edad estaría integrada por aproximadamente 95 millones de habitantes, en lugar de los 58 millones que son actualmente (gráfica 11); y tendrían lugar más de 5.9 millones de nacimientos, en contraste con los poco más de 2.2 millones que se estima ocurrirán en el presente año. Estas cifras sugieren la importancia que tiene el tamaño, la dinámica y la distribución por edades de la población sobre variables económicas tan cruciales como el ahorro y la inversión económica y social. Un crecimiento demográfico acelerado ejerce fuertes presiones sobre los recursos naturales y el medio ambiente, así como sobre la provisión de servicios de salud, educación e infraestructura básica, lo cual hace más difícil la satisfacción de las necesidades y demandas sociales, el abatimiento de los rezagos acumulados y la realización misma de las tareas del desarrollo.

Estructura de la población y tendencias del crecimiento de los distintos grupos de edades

Las tendencias seguidas por los factores del cambio demográfico determinan no sólo el crecimiento de la población, sino también marcados cambios en su composición por edades. Por un lado, la disminución de la mortalidad origina un progresivo aumento de la sobrevivencia, reflejada en la pirámide por un número cada vez mayor de personas que llegan con vida hasta las edades adultas y avanzadas. Por el otro, la disminución de la fecundidad se traduce en un estrechamiento de la base de la pirámide, puesto que, a medida que este proceso se profundiza, las cohortes anuales de nacimientos tienden a ser cada vez más reducidas. Ambos procesos conducen a un gradual envejecimiento de la población, caracterizado por una menor proporción de niños y jóvenes, así como un paulatino aumento del peso relativo de las personas en edades adultas y avanzadas.

Entre 1970 y 1997 son marcados los cambios que se aprecian en la composición por edades de la población. La proporción representada por los menores de 15 años pasó de 47.5 en 1970 a 34.0 por ciento en 1998.⁴ A su vez, la población de entre 15 y 64 años de edad se incrementó de 48.8 a 61.5 por ciento.⁵ Por su parte, la población de 65 años y más aumentó su peso relativo de

⁴ Entre 1994 y 1998 el peso relativo de este grupo disminuyó de 36.2 a 34.0 por ciento.

⁵ Entre 1994 y 1998 pasó de 59.7 a 61.5 por ciento.

3.7 a 4.5 por ciento.⁶ En ese mismo periodo, la edad media aumentó de 22.3 a 26.1 años.

Un ángulo revelador de los rápidos cambios por los que atraviesa la composición por edades de la población lo constituye el examen de las tendencias del crecimiento de cuatro segmentos de edad (gráfica 12): preescolar (menor de 6 años), escolar básica (6-14), laboral (15-64 años) y la población correspondiente a la tercera edad (65 años y más). Los distintos grupos de edades evolucionan con diferentes tasas de crecimiento.

El grupo de menores de cinco años representa aproximadamente 13.2 millones de niños y acusa desde 1993 una tasa de crecimiento negativa. Los incrementos anuales de este grupo han disminuido progresivamente de 252 mil en 1970 hasta volverse nulos en 1993 y de ahí en adelante se han tornado negativos (alrededor de 70 mil menores en 1998), lo que refleja el hecho de que la reducción de la fecundidad superó desde entonces -para este grupo de edad- el peso de la inercia demográfica.⁷

El grupo de edad vinculado a la demanda escolar de educación básica (entre 6 y 14 años) sigue un patrón paralelo al de la población preescolar. Si bien su monto no ha dejado de aumentar, al pasar de 12.6 millones en 1970 a 19.6 millones en 1998, la reducción gradual en los incrementos anuales ha sido significativa, al disminuir de un máximo histórico de 472 mil en 1970 a sólo 15 mil en 1998. Este descenso en el incremento absoluto ha implicado una significativa caída en la tasa de crecimiento de 3.7 por ciento en 1970 a 0.1 por ciento en la actualidad (que se tornará negativa hacia el año 2000).⁸

El crecimiento de la población en edades de trabajo (entre 15 y 64 años) es, en cambio, más dinámico que el de los niños y jóvenes menores de 15 años, ya que se ve dominado por la inercia del crecimiento demográfico del pasado. Las adiciones anuales absolutas aumentaron rápidamente de 767 mil en 1970 a 1.4 millones en 1988, para estabilizarse a partir de este último año en un *plateau* ligeramente superior a esa cifra. Cabe subrayar que entre 1975 y 1980 la tasa de crecimiento anual de la población en edades laborales disminuyó hasta alcanzar 2.35 por ciento en la actualidad. No obstante, entre 1970 y 1998 el número de personas en este grupo de edades pasó de 24.3 a 59.2 millones, es decir, más que se duplicó en un lapso de 28 años.

⁶ Entre 1994 y 1998 se incrementó de 4.1 a 4.5 por ciento.

⁷ Esta tendencia se ha traducido en una sensible baja de la proporción de preescolares en la población total, de 22.2 por ciento en 1970 a 14.1 por ciento en 1997.

⁸ La participación de este grupo en la población total se redujo de 25.4 a 20.6 por ciento entre 1970 y 1997.

La población de 65 años o más representa hoy día sólo 4.5 por ciento de la población (con 4.3 millones de personas), pero su crecimiento ha sido muy marcado: pasó de 2.06 por ciento anual en 1970 a 3.67 por ciento en 1990, hasta alcanzar 3.92 por ciento en 1998. Mientras el incremento anual fue de 38 mil individuos en 1970 y de 43 mil al año siguiente, actualmente asciende a 168 mil. La dinámica de crecimiento de este grupo refleja la rapidez del proceso de envejecimiento de la población mexicana.

La desaceleración del crecimiento demográfico y los cambios en la distribución por edades de la población se reflejan en una recomposición de la magnitud y el perfil de la demanda de ciertos bienes y servicios. En el caso de la población escolar y preescolar, se aprecia ya un efecto de la disminución de la fecundidad, traducido en tasas de crecimiento negativas para estos grupos. Así, se estima que la demanda histórica más alta de niños de entre 6 y 11 años de edad a la que tendrá que hacer frente el sistema de educación primaria será de 13.1 millones, mientras que para la instrucción secundaria será de 6.3 millones de jóvenes de entre 12 y 14 años de edad.⁹ Por el contrario, la población en edades laborales y de retiro ven su crecimiento aún marcado por la inercia demográfica del pasado. Más aún, no se aprecian en el mediano plazo disminuciones significativas en sus tasas de crecimiento, e incluso se anticipan aumentos considerables en su volumen. Las personas en edades laborales demandan actualmente cerca de 39.4 millones de puestos de trabajo y su ritmo de crecimiento exige crear más de un millón de fuentes de trabajo adicionales cada año.

De acuerdo a las previsiones disponibles, la población del país alcanzará alrededor de 100 millones de habitantes en el año 2000, 112 millones en el año 2010 y cerca de 130 millones en el 2030, aunque en ese periodo se producirán notables y continuas transformaciones en su distribución por edades que tendrán profundas consecuencias en la formación de un amplio espectro de demandas y necesidades sociales (gráfica 13). El cambio demográfico se ha producido con tal velocidad que hoy nos encontramos ante la necesidad de atender los efectos del alto crecimiento poblacional del pasado y de preparar las respuestas institucionales y sociales para encarar los desafíos demográficos del futuro, incluido el rápido proceso de envejecimiento demográfico.

⁹ De no haberse frenado el alto crecimiento demográfico del pasado, la demanda de educación primaria y secundaria proveniente de estos grupos de edades sería actualmente de 24.2 y 10.1 millones, respectivamente.

Distribución territorial de la población y migración interna

En otra esfera de igual trascendencia se encuentran los esfuerzos de la política de población encaminados a influir en la orientación de los flujos migratorios y a promover una distribución más equilibrada de la población en el territorio, acorde con las exigencias del desarrollo sustentable. Actualmente, las migraciones internas se han intensificado, las modalidades migratorias son más variadas, y las rutas de origen y destino son más complejas, todo lo cual está dando lugar a una *nueva geografía de las migraciones*. Se estima que tan sólo en el primer quinquenio de los noventa, alrededor de 10 por ciento de la población cambió de residencia habitual, ya sea de un municipio a otro en el interior de un estado, o bien entre entidades federativas. En este proceso, la atracción de las principales metrópolis del país ha tendido a declinar, e incluso en algunas de ellas ya se advierte un balance migratorio negativo, como es el caso de la Ciudad de México, que de ser el principal destino de los migrantes en décadas pasadas, ahora es el lugar de origen más común. Al mismo tiempo, se advierte el fortalecimiento de un número considerable de ciudades intermedias de diferente tamaño como destinos alternos de la migración.

A pesar de estas importantes transformaciones, México continua presentando dos facetas marcadamente contrastantes: por un lado, la enorme dispersión de la población rural en miles de pequeñas localidades; y, por el otro, su concentración en unas cuantas regiones y ciudades del país. De las casi 201 mil localidades identificadas en el territorio nacional, alrededor de 170 mil tienen, cada una, menos de 500 habitantes, donde viven alrededor de 9.8 millones de mexicanos. De éstas últimas, cerca de 56 mil localidades se ubican en el área de influencia inmediata de alguna ciudad del país, 50 mil se localizan fuera de las áreas de influencia urbana pero muy cercanas a una carretera, y casi 64 mil presentan condiciones de aislamiento. En este último caso, se trata de asentamientos rurales cuya población vive en condiciones sumamente precarias, debido a la escasa dotación de infraestructura, servicios y equipamiento básico. De hecho, 7 de cada 10 presenta un alto grado de marginación.

Los problemas sociales y demográficos derivados de la dispersión y la emigración rural plantean formidables desafíos que deben ser enfrentados mediante una gran variedad de programas y acciones dirigidos a combatir la pobreza extrema y las causas estructurales que la generan; la extensión de los programas comunitarios de educación y la construcción, rehabilitación y equipamiento de miles de espacios educativos en el ámbito rural; la ampliación

de la cobertura de los servicios de salud, a través de la instalación de centros y clínicas de salud y la permanente actividad de brigadas móviles y redes de auxiliares de salud comunitaria; el apoyo a las iniciativas productivas de las comunidades y a los campesinos temporeros que laboran en tierras de baja productividad o de alta siniestralidad; el fortalecimiento de programas de empleo temporal; el desarrollo de sistemas de producción sustentables y de infraestructura productiva; la realización de obras de construcción y adecuación para agua potable y saneamiento; y la provisión de asistencia técnica, capacitación y apoyo para la organización de los productores agrícolas.

Además de promover el arraigo de la población en sus lugares de origen, la política de población está obligada a redoblar sus esfuerzos para contribuir a revertir las tendencias concentradoras y reorientar los flujos migratorios hacia las ciudades intermedias con mayor potencial para absorberlos. Como se sabe, el proceso de urbanización se ha visto dominado por la concentración de la población en unas cuantas ciudades, que son también las que centralizan la actividad económica y las que generan una proporción considerable del producto interno bruto. El sistema urbano nacional lo integran 347 ciudades de 15 mil habitantes y en ellas vive cerca del 65 por ciento de la población del país, aunque en únicamente 24 centros urbanos de más de medio millón de habitantes residen 7 de cada 10 pobladores urbanos. De esta manera, la concentración urbana evoluciona de un patrón que se caracteriza por el dominio de una metrópoli, la Ciudad de México, a otro de carácter policéntrico, representado por la emergencia de un número creciente de ciudades. En la configuración futura de la nueva geografía de las migraciones es y seguirá siendo crucial el derrotero regional que siga el nuevo patrón de desarrollo en el ámbito regional, a través del accionar de los mecanismos generadores de los diferenciales salariales y las oportunidades de empleo.

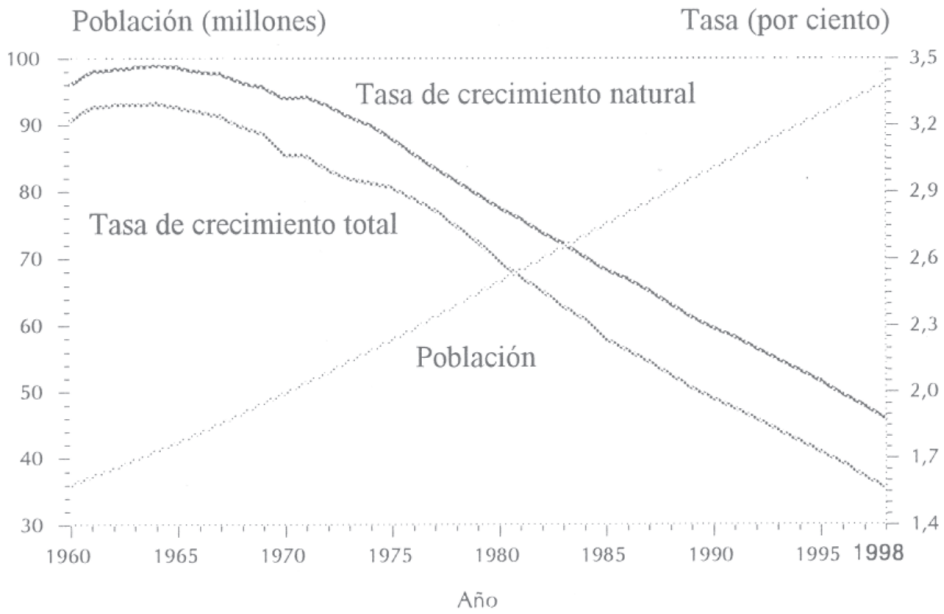
La diferenciación socioeconómica entre regiones, entidades federativas y ciudades del país se refleja nítidamente en el interior de las zonas metrópolis y los centros urbanos. En ellos se hacen patentes los marcados contrastes y los desequilibrios sociourbanísticos existentes. Los datos censales permiten subdividir el espacio territorial de las 347 ciudades del país en pequeñas áreas geoestadísticas, que en conjunto suman más de 22 mil. De ellas, al menos uno de cada cuatro presenta características de alta o muy alta marginación, lo que revela la existencia de considerables déficits de servicios e infraestructura básica. Esta situación es más aguda en los centros urbanos pequeños e intermedios que en las ciudades grandes y áreas metropolitanas. Ello revela que la solución de la problemática

urbanística de la población marginada residente en las áreas urbanas del país no es simple ni de corto plazo. Para que las ciudades, en particular las pequeñas e intermedias, puedan encarar los enormes rezagos sociales acumulados, consolidar su papel como destinos alternos de la migración, generar más empleos y aumentar sus niveles de competitividad, se requiere, entre otras tareas, modernizar las estructuras administrativas y consolidar la capacidad financiera de los gobiernos locales; propiciar la consolidación de cadenas productivas en sus zonas de influencia territorial; fortalecer la acción coordinada y concertada entre los diferentes sectores y órdenes de gobierno; y consolidar los procesos de participación social en la toma de decisiones y en la conducción y orientación del desarrollo urbano.

Las tendencias esbozadas sugieren que los esfuerzos dirigidos a incidir en la orientación de los flujos migratorios y la distribución territorial de la población continúan enfrentando considerables obstáculos y dificultades. Ello se explica, en parte, por la complejidad propia de estos fenómenos y las múltiples causas que los determinan. Para revertir las tendencias concentradoras es imprescindible redoblar los esfuerzos en la materia, lo que implica, entre otras tareas, reforzar las políticas de desarrollo regional y urbano y de regulación del crecimiento metropolitano, así como mejorar la infraestructura, los servicios básicos, la base productiva y los niveles de competitividad de las ciudades intermedias.

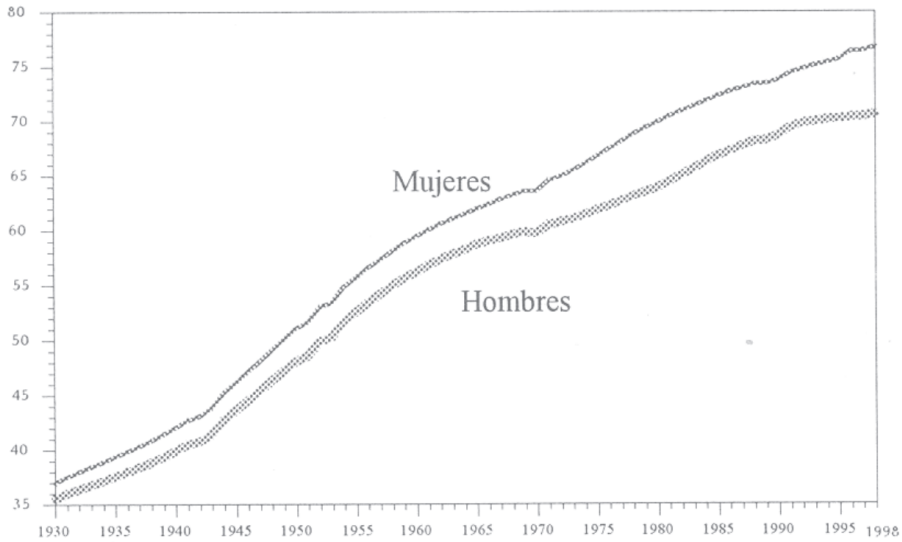
Como se advertirá, los problemas demográficos de nuestro tiempo son más complejos y de mayor escala y su solución reclama del concurso y la participación decidida de sociedad y gobierno. Para enfrentarlos con éxito, es imprescindible fortalecer la orientación integral de la política de población, consolidar los mecanismos de coordinación interinstitucional y promover la participación de gobiernos estatales y autoridades municipales. La práctica de un federalismo renovado es condición indispensable para movilizar todo el potencial de las colectividades estatales y municipales, fortalecer sus capacidades institucionales, y favorecer la más amplia y decidida participación ciudadana. En esta tarea, la planeación demográfica debe ser promovida como lo que verdaderamente es: una herramienta y una referencia fundamental de todas las acciones y programas de gobierno.

GRÁFICA 1
POBLACIÓN Y TASA DE CRECIMIENTO TOTAL Y NATURAL 1960-1998



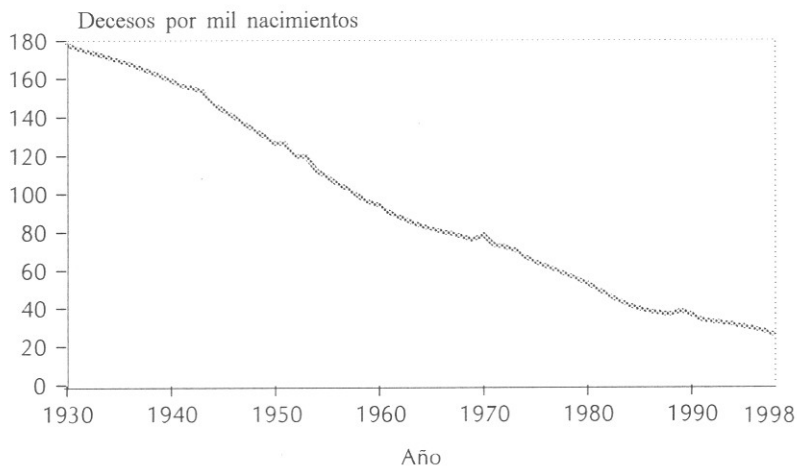
Fuente: Estimaciones y proyecciones del Consejo Nacional de Población

GRÁFICA 2
ESPERANZA DE VIDA AL NACIMIENTO POR SEXO, 1930-1998



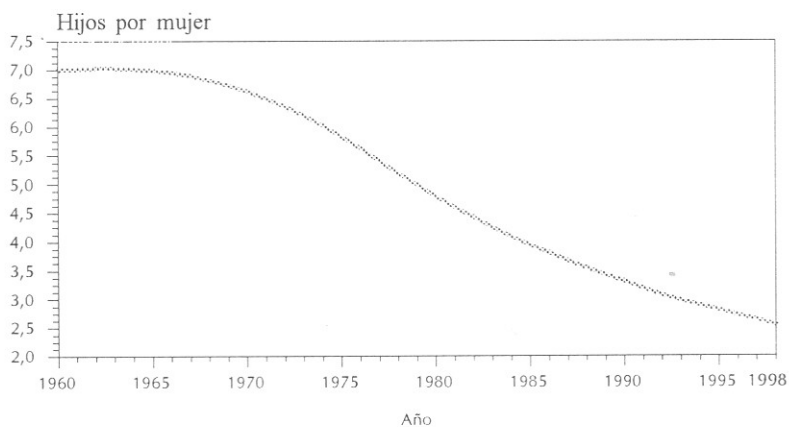
Fuente: Estimaciones y proyecciones del Consejo Nacional de Población

GRÁFICA 3
TASAS DE MORTALIDAD INFANTIL (MENORES DE UN AÑO), MÉXICO,
1930-1998



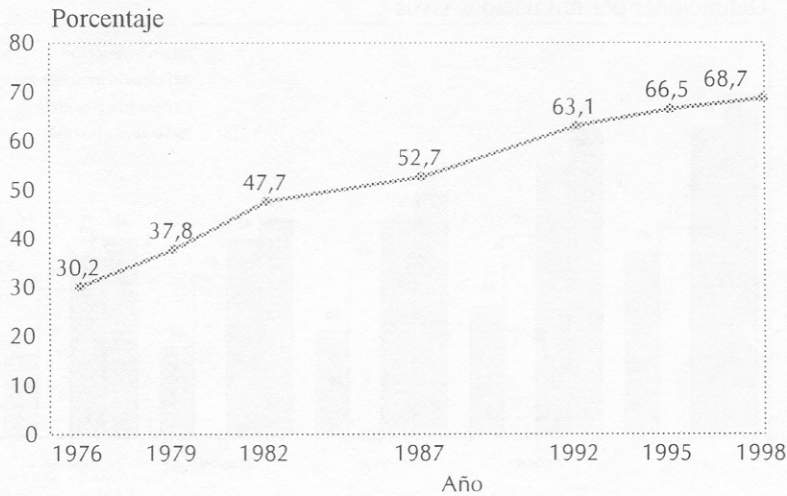
Fuente: Consejo Nacional de Población, México.

GRÁFICA 4
TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD, 1960-1998



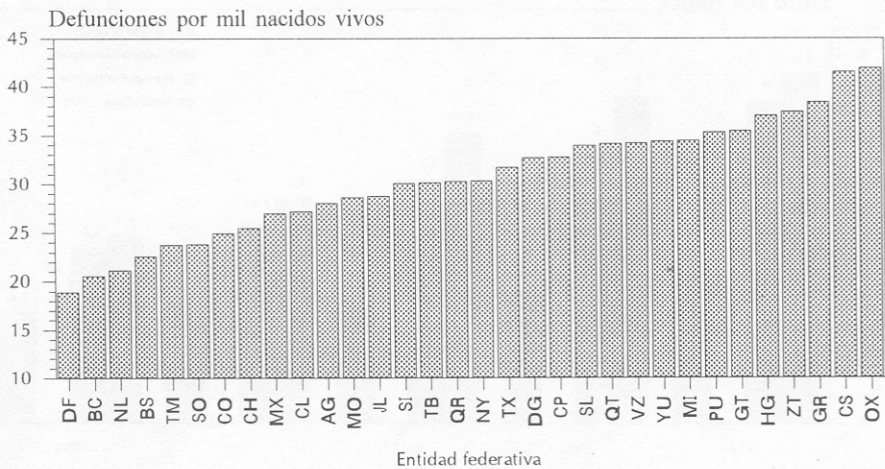
Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población con base en las encuestas nacionales demográficas.

GRÁFICA 5
PORCENTAJE DE MUJERES UNIDAS QUE USAN MÉTODOS
ANTICONCEPTIVOS, 1976-1998



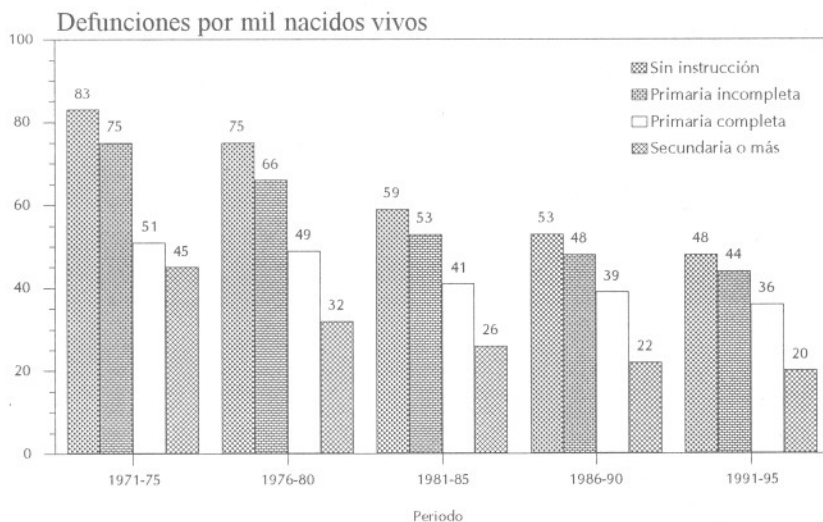
Fuente: Encuestas nacionales demográficas y estimaciones del Consejo Nacional de Población

GRÁFICA 6
TASA DE MORTALIDAD INFANTIL SEGÚN ENTIDAD FEDERATIVA,
1991-1995



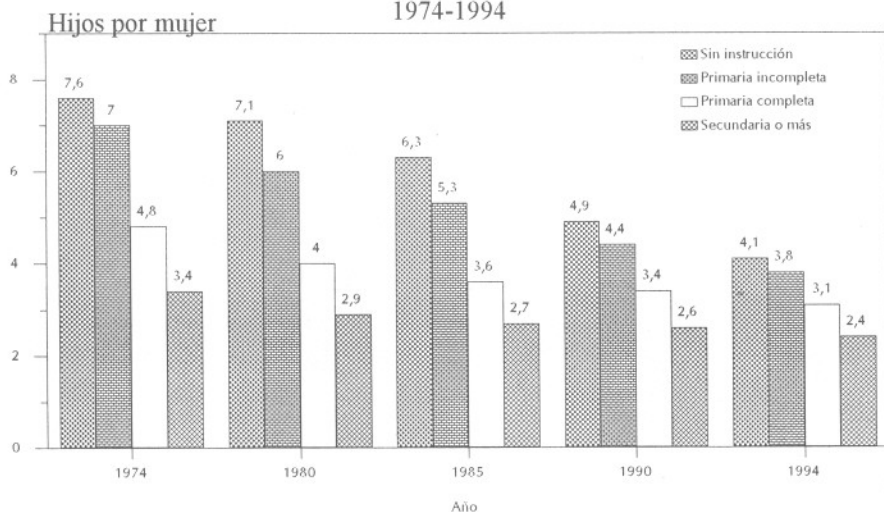
Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población

GRÁFICA 7
TASAS DE MORTALIDAD INFANTIL SEGÚN NIVEL EDUCATIVO
DE LA MADRE, 1971-1995



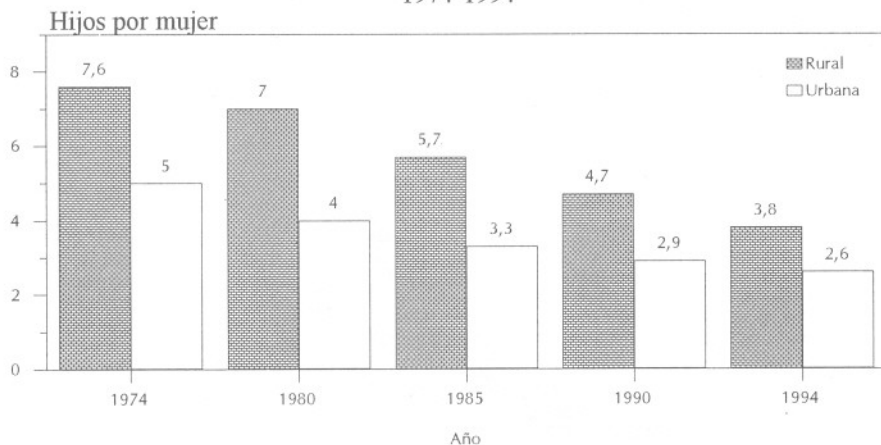
Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población

GRÁFICA 8
TASAS GLOBALES DE FECUNDIDAD SEGÚN NIVEL EDUCATIVO,
1974-1994



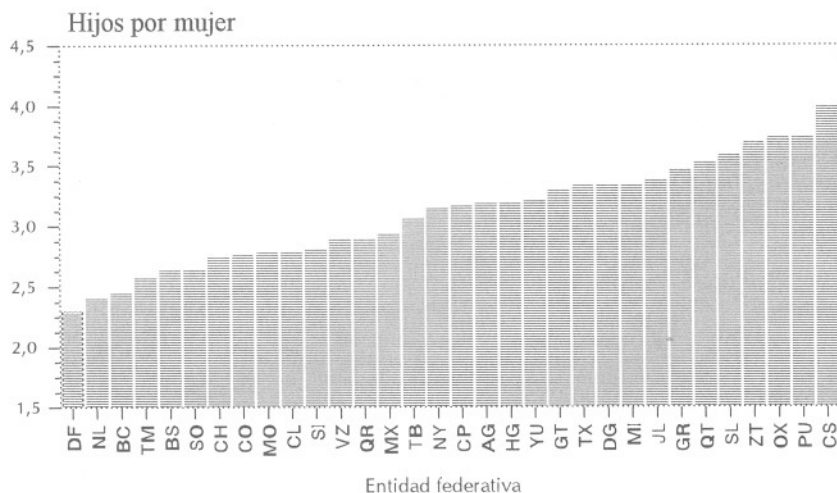
Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población con base en las encuestas nacionales demográficas

GRÁFICA 9
TASAS GLOBALES DE FECUNDIDAD SEGÚN TAMAÑO DE LOCALIDAD
1974-1994



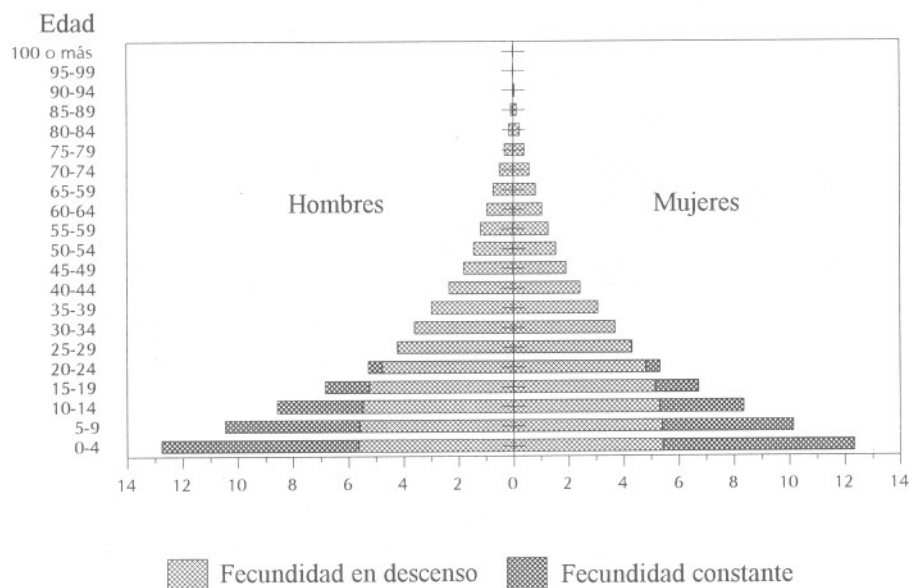
Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población con base en las encuestas nacionales demográficas

GRÁFICA 10
TASAS GLOBALES DE FECUNDIDAD POR ENTIDAD FEDERATIVA,
1991-1995

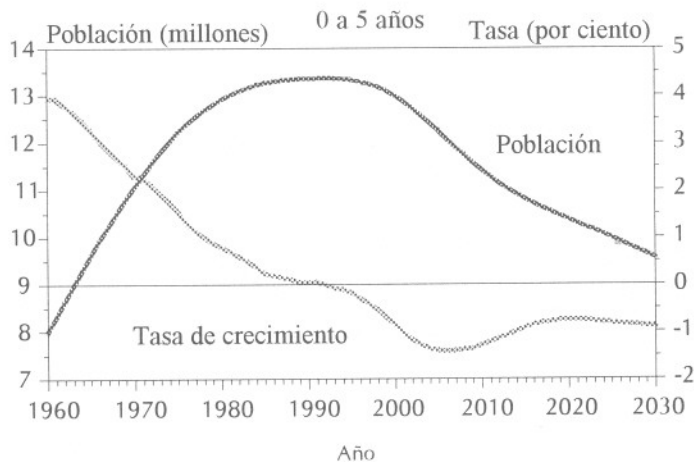


Fuente: Estimaciones del CONAPO con base a la ENADID-1992 y la ENPF-1995

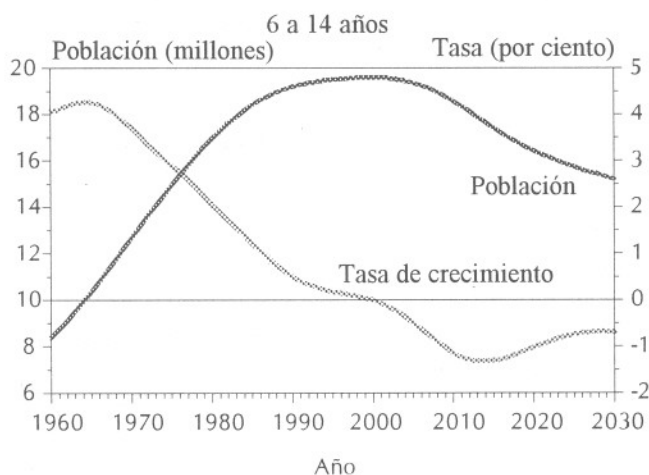
GRÁFICA 11
EFFECTO DE LA REDUCCIÓN DE LA FECUNDIDAD DE 1970 A 1996 EN LA ESTRUCTURA POR EDADES DE 1997



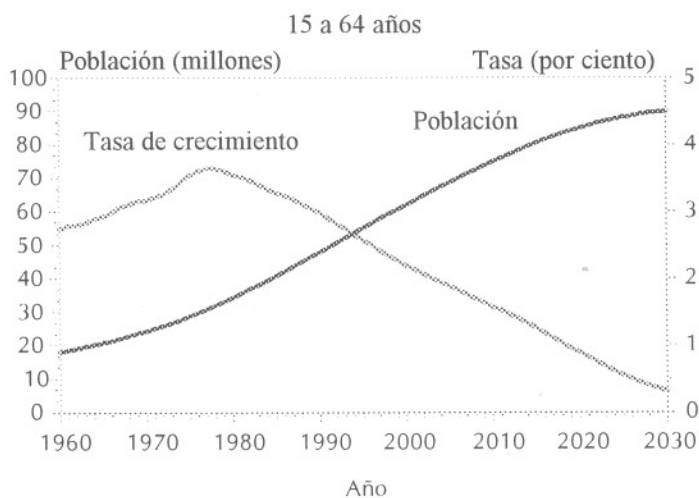
GRÁFICA 12A
VOLUMEN Y CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN POR GRUPOS DE EDAD, 1960-2030



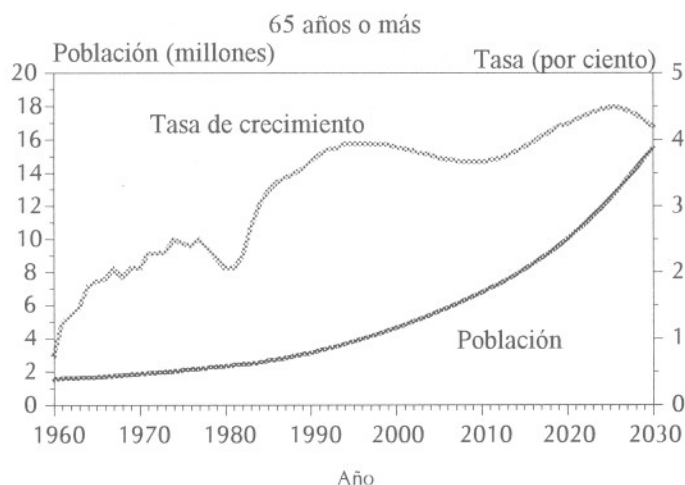
GRÁFICA 12B
VOLUMEN Y CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN POR GRUPOS DE EDAD,
1960-2030



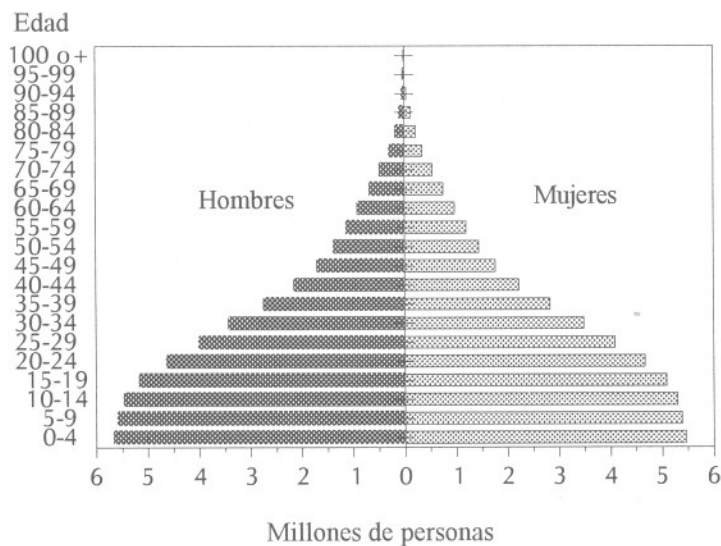
GRÁFICA 12C
VOLUMEN Y CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN POR GRUPOS DE EDAD,
1960-2030



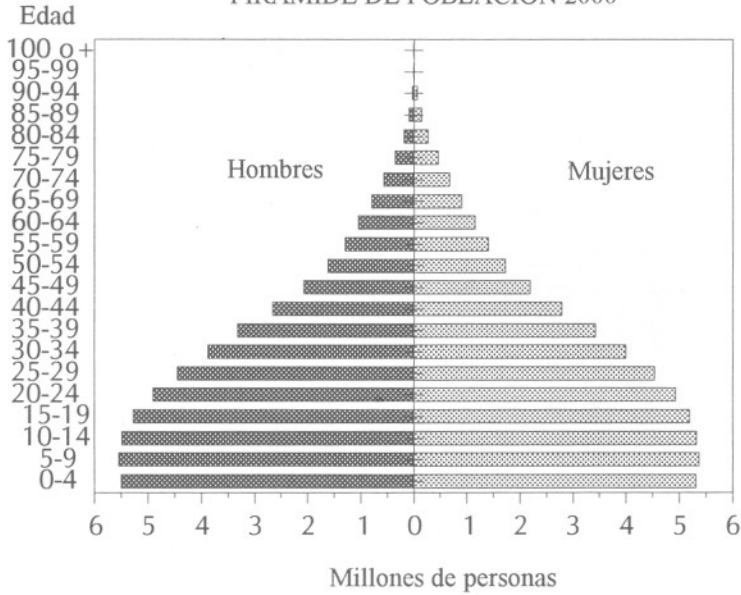
GRÁFICA 12D
VOLUMEN Y CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN POR GRUPOS DE EDAD,
1960-2030



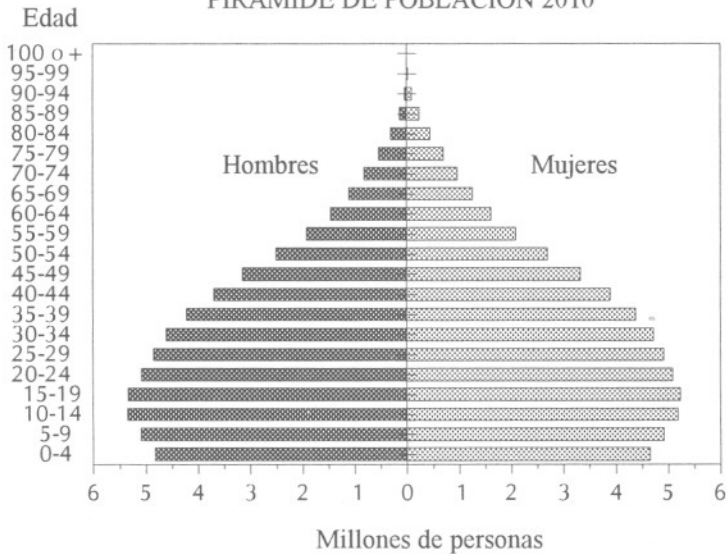
GRÁFICA 13A
PIRÁMIDE DE POBLACIÓN 1995



GRÁFICA 13B
PIRÁMIDE DE POBLACIÓN 2000



GRÁFICA 13C
PIRÁMIDE DE POBLACIÓN 2010



GRÁFICA 13D
PIRÁMIDE DE POBLACIÓN 2030

